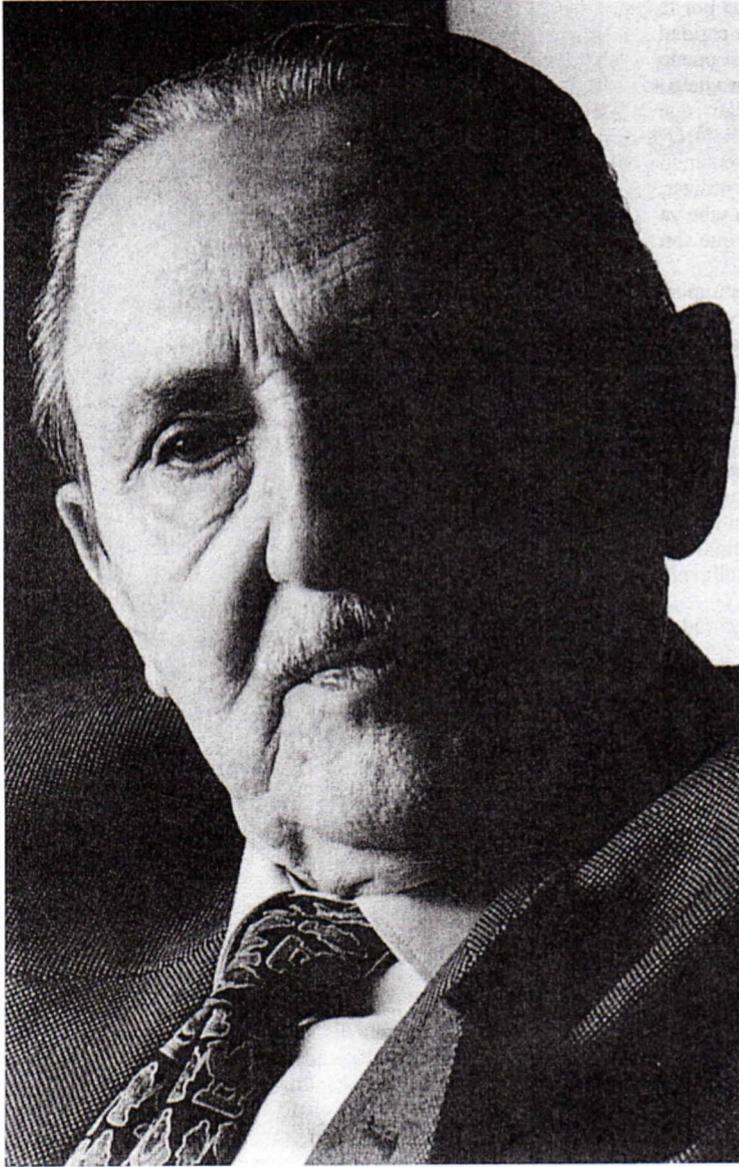


BUERO VALLEJO

la entrevista que no le pude hacer



Carlos Alba

A principios de este año comencé a leer a Buero Vallejo con el fin, y la excusa, de hacerle una entrevista. Pensaba leer unas cuantas obras, las más significativas, documentarme con otras entrevistas o algún escrito teórico, hacerme una idea de su obra y, partiendo de un esquema de su pensamiento (culturrilla de periodista), reflexionar con él, sobre todo, del presente: en el mundillo del teatro, en la dramaturgia, y en la sociedad o mundo de la política. La primera que leí, "En la ardiente oscuridad", me dejó desconcertado, sobre todo por el uso de un recurso (demasiado evidente, pensaba yo) como el de la ceguera. Pero a la vez comprendí que siempre hay un fondo social, político, en sus obras. La segunda en mi orden desordenado de lecturas fue "Un soñador para un pueblo", que más me pareció una novela que una obra de teatro, con tanto artificio escénico que traía, pero cuyo retrato de fondo me pareció muy actual. Fue la tercera en echarme a los ojos, "La Fundación", la que me impactó con su lección de ética combativa. A partir de entonces la idea de la entrevista fue quedando en un segundo plano, ya que lo

principal era leer. La siguiente, "Lázaro en el laberinto", me impactó por la honestidad de su planteamiento; y se puede decir que a partir de entonces ya no leí a Buero Vallejo como a un futuro entrevistado, ni siquiera le leí como a un dramaturgo, ni siquiera para recuperar cierta memoria histórica, que nos empeñan en hacer olvidar, a través de sus páginas. Sus obras pasaron a ser leídas por mí como pequeñas "novelas", preparando cuidadosamente el lugar de lectura, con pasión y esperanza, renunciando con placer al bullicio de las noches de fin de semana teniendo siempre la sensación de estar recibiendo una lección maestra y abierta, con posible aplicación a mi propia vida. Sus obras me hablaron sobre las consecuencias de nuestras decisiones, sobre la coherencia y la investigación, única forma de afrontar el misterio de la personalidad, y sobre la lucha política.

Llegué a preguntas antes no sospechadas a raíz de la lectura de obras como "Las trampas del azar" (estrenada en 1994), "Jueces en la noche" o "La señal que se espera" (de 1952). Obras lejanas entre sí en el tiempo pero todas con cierto fondo común que supera épocas históricas. Sé que las obras que más me han gustado no son las mejores, pero eso ocurre con los autores que le llegan a uno a la fibra, que se pierde la objetividad, porque nos llegaron emocionalmente, y lo leído en un momento puede que ya no guste tanto años después. Y hasta puede que uno, años más tarde, llegue a defenestrar al maestro porque reconoce que le influyó demasiado. Maestro porque plantea preguntas en situaciones complejas, y no porque simplifique la realidad para proponer un dogma.

Por eso la idea de la entrevista se fue esfumando, pues estaba demasiado metido en su lectura. De hecho, cuando volvía de las vacaciones de Semana Santa, y hacía repaso de las actividades pendientes hasta el verano, decidí posponerla para el otoño. Ya no la quería hacer con media docena de libros leídos y (culturrilla de periodista), pues sabía que en poco tiempo iba a leer todas sus obras.

Por gusto. Y porque "me hacen bien". Decía Marsillach sobre Buero en ABC el día después de su muerte: De no haberle conocido, yo sería otro. Probablemente peor".

Se me quedaron en la libreta algunas preguntas que ya tenía redactadas, pero que ahora percibo como vacías ante la ausencia del protagonista. Incluso pienso que muchas de las respuestas (¿o todas?) están en sus obras, en boca de sus personajes. Como Gaspar, 24 años de cárcel, que dice en 1984: "Mira, aunque la sociedad tenga mucha culpa de las bribonadas de cada cual, no le echas toda la culpa de las tuyas. Toma tu parte. No creas que eso de la moral individual es siempre burgués. Nosotros también teníamos nuestra ética personal. Y en ella confío todavía. Tampoco nos faltaban granujas y vividores, pero nuestra moral los podía. Y los mejores nunca habrían engañado a sus compañeros. Si eran daltónicos, como si eran bebedores, lo habrían reconocido desde el primer momento. Y, sobre todo, trabajábamos para los otros, no para uno mismo. Tú has luchado por tí, no por los demás."

O Amparo, una verdad sencilla en 1986. "Déjame pensar un poco más. A mí no me interesa prosperar. Todo ese furor por situarse, por ganar dinero, me da risa. Y asco. Nunca he escrito mejor que cuando he estado sin trabajo. Y lo que yo quiero es escribir, no convertirme en una eficiente ejecutiva. Nadie debería pensar en enriquecerse. Es inhumano." A quien contesta Mario desde 1967 (dos regímenes distintos y la misma aspiración): "Me repugna nuestro mundo. Todos piensan que en él no cabe sino comerse a los demás o ser comido. Y encima todos te dicen: ¡devora antes de que te devoren! Te daremos bellas teorías para tu tranquilidad. La lucha por la vida... El mal inevitable para llegar al bien necesario... La caridad bien entendida... Pero yo, en mi rincón, intento comprobar si puedo salvarme de ser devorado... aunque no devore". Y describe un juego al que ya se jugaba en la época del desarrollismo: "¡Claro que entiendo el juego! Se es un poco revolucionario, luego algo conservador! No hay inconveniente, pues para eso se siguen ostentando ideas avanzadas... El nuevo grupo nos utiliza... Nos dejamos utilizar, puesto que los utilizamos. ¡Y a medrar todos! Porque, ¿quién sabe ya hoy a lo que está jugando cada cuál? Sólo los pobres saben que son pobres".

Aunque la respuesta más urgente a mis preguntas, la más importante, me la dio Asel, preso político, en 1974. "Duda cuanto quieras, pero no dejes de actuar. No podemos despreciar las pequeñas libertades engañosas que anhelamos aunque nos conduzcan a otra prisión. (...) Cuando has estado en la cárcel acabas por comprender que, vayas donde vayas, estás en la cárcel. ¡Entonces hay que salir a la otra cárcel! ¡Y cuando estés en ella, salir a otra, y de ésta, a otra! La verdad te espera en todas, no en la inacción. (...) Te inventaste un mundo color de rosa. No creas que demasiado absurdo. Estos presidios de metal y rejas también mejorarán. Sus celdas tendrán un día televisor, frigorífico, libros, música ambiental... A sus inquilinos les parecerá la libertad misma. Habrá que ser entonces muy inteligente para no olvidar que se es un prisionero."

En realidad, sí le he podido hacer la entrevista: Buero es todos ellos, contestando a mis preguntas.

Y he de reconocer que si pudiera ahora (ahora que, como él decía, se ha ido "para el otro barrio, si es que hay otro barrio") hacerle más preguntas añadiría algunas a las que sus libros, al menos explícitamente, no contestan. Y no resisto la tentación de hacerlo: ¿Por qué fueron tantos políticos de derechas a su capilla ardiente, y tan pocos de izquierdas? ¿No fueron los de izquierdas precisamente porque iban los de derechas? ¿Fueron los de derechas sólo porque están en el gobierno? ¿Será verdad que la derecha española ya es civilizada y culta? ¿Será la izquierda tan moderna que olvida a quienes luchan por ella? ¿Por qué la información más completa sobre usted en el día de su muerte la dio ABC? ¿Por qué El Mundo fue el único que citó su militancia en el PCE y le dedicó un editorial? Y lo más vergonzoso: ¿Por qué El País citó a Carrillo entre los visitantes de su capilla ardiente, y no citó a Marcelino? ¿Por qué el opinador que escribió en ese periódico dijo que Buero, desde los años setenta, ya no tenía interés comparado con el "vivo panorama teatral español"? (Seguro que opinaría lo mismo si un Shakespeare o un Calderón hubieran vivido en nuestra época). ¿Será que los intelectuales, políticos y profesionales de la "centroizquierda" adinerada y el pensamiento débil se ven reflejados en Fabio, el crítico de arte que funda su prestigio en un disimulo de sus defectos; o en Gabriel, que renunció a sus exagerados ideales de juventud para pasar en su madurez a servir sólo al ideal del dinero? ¿Será que escuchan, como Lázaro, un timbrado que viene del pasado, pero, contrariamente al héroe bueriano, hacen oídos sordos? ("Todos estamos en laberintos, tanto social como individualmente y, para encontrar la salida, aparte de muchas cosas más, hace falta que cada cual, un poco al estilo de mis protagonistas, trate de ver claro en lo que ha hecho o dejado de hacer, en lo que recuerda y en cómo lo recuerda.")

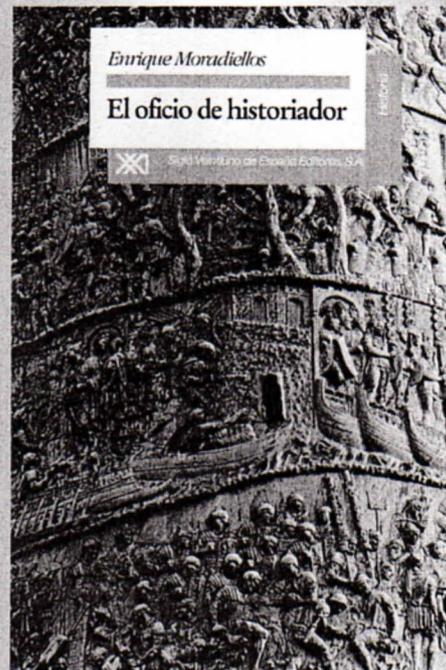
Son preguntas que contienen valoraciones, qué se le va a hacer, pero no son retóricas. Quizás alguien las pueda responder. Aunque el que mejor podría hacerlo ya no puede hablar.

"Creo que si la gente se echa para atrás ante una tragedia y prefiere algo asainetado, aunque sea crítico, está perdiendo puntos. Está bajando en su propia formación humana y artística", decía Buero Vallejo en 1987.

Si no hubiera leído sus obras, yo sería peor. Qué pena que no le haya conocido.■

La propuesta de Clio

Enrique Moradiellos
El oficio de historiador
ed. Siglo XXI
Madrid 1996
158 páginas
1700 ptas.



Es una guía didáctica destinada a los estudiantes que emprenden sus estudios universitarios en las disciplinas históricas. Pretende servir como manual auxiliar para introducirse en el conocimiento y comprensión de los conceptos básicos de las ciencias históricas y en los métodos de enseñanza y aprendizaje que son habituales en la universidad.

Enrique Moradiellos García (Oviedo, 1961) es en la actualidad profesor de historia contemporánea en la Universidad de Extremadura. Entre su producción histórica destacan los siguientes libros: el Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias, 1910-1930 (1986), Las caras de Clío, introducción a la Historia y a la Histografía (1992), y, también en Siglo XXI, La perfidia, El Gobierno británico y la guerra civil española (1996).■